

Prólogo

Estaba desnuda. Y sentía un frío atroz.

Temblorosas sacudidas se esforzaban por liberar su cuerpo de aquella fina y gélida película que la envolvía. Su aliento, junto al moho y la podredumbre, le abofeteaba el rostro tras rebotar en la pared, que estaba demasiado próxima. De su boca escapaban quejumbrosos gemidos. Se sentía muy asustada. Casi podía palpar el miedo, tan abrumador; no podría resistir mucho más antes de abandonarse a él definitivamente.

A su alrededor no percibía sino oscuridad, y en esa absoluta negrura le había llevado un tiempo determinar cuál era, exactamente, la posición en la que se encontraba su cuerpo. Hacía sólo pocos instantes que había comprendido que se hallaba de pie, frente a una pared. Si inclinaba ligeramente la cabeza para descansar su dolorido cuello rozaba con la frente el frío muro. Las cuerdas en torno a sus muñecas mantenían sus brazos tensos, alzados sobre la cabeza en forma de V. Ignoraba qué, pero algo que no lograba identificar le aprisionaba la cintura y aplastaba su cadera y extremidades inferiores contra la pared. Cualquier leve movimiento le causaba un terrible dolor y las piernas le ardían, desde los muslos a las pantorrillas. Una fina soga como de alambre rodeaba su cuello. Muy corta, se cerraba en torno a éste de modo cruel con que sólo ejecutara el más leve de los movimientos.

De su pensamiento escapó una palabra, la misma que llevaba repitiéndose cientos de veces en las últimas horas: *Mamá*. No era capaz de recordar ni un solo día, ni una hora de su vida, en la que su necesidad de experimentar la protección materna hubiera sido tan acuciante como ahora. Ni siquiera durante su infancia.

Se abrió una puerta a sus espaldas y la oscuridad se vio interrumpida por un trémulo cono de luz amarillenta. Advirtió una presencia humana y gritó.

Unos pasos cautelosos aproximándose, un aliento entrecortado acariciando su nuca, deteniéndose allí largo tiempo, demasiado.

—Por favor... —suplicó—. No me haga daño, por favor. Yo... Haré todo lo que me diga. Yo...—Su voz quedó ahogada entre lágrimas—. Por favor...

No obtuvo respuesta, pero la respiración que había percibido se alejó de ella. Oyó un rascar a su derecha y la soga en torno a su cuello se cerró.

Su espada se tensó dolorosamente, mientras su garganta expulsó un sonido ahogado. Si intentaba moverse, aunque fuera un solo centímetro, moriría estrangulada.

—Por favor... —intentó hablar, gimió, lloró. El terror estuvo a punto de hacerle perder la consciencia.

Un objeto fino, frío, acarició su clavícula muy despacio, de izquierda a derecha, para después recorrerla de nuevo en sentido inverso. Contuvo el aliento, el corazón le bombeaba con fuerza en el pecho.

Y entonces llegó el dolor, y su interior explotó.

1

23 de abril

Nina se acercó a su minúsculo balcón con una humeante taza de café en la mano, contemplando los tempranos rayos solares, que, a esa hora de la mañana, ya cubrían tres cuartas partes de la fachada de la casa situada enfrente. Los meses de invierno habían sido largos, por lo que disfrutaba al máximo de aquella tímida calidez sobre su piel. Suspiró de placer. Un despertar perfecto. En poco menos de una hora su amiga Kerstin se acercaría a recogerla para ir de compras al centro comercial Europa-Passage. Por la tarde se pasaría por casa de Dirk para ayudarle con los preparativos de su fiesta de cumpleaños. Había cumplido los veinticinco tres días atrás, era casi dos años mayor que ella.

Probó el café y se preguntó si resultaría apropiado llamar por teléfono a Dirk a las nueve menos cuarto de la mañana de un sábado para desearle los buenos días. Cuando no tenía que ir a clase lo normal era que su novio permaneciera acostado hasta el mediodía, y, en las ocasiones en las que pasaban la noche juntos, también intentaba impedirle a ella que se levantara pronto. Sonrió. Más de una vez la había hecho llegar tarde a clase.

Nina decidió de repente que aquel día soleado era demasiado perfecto, por lo que entró de nuevo en la vivienda. El teléfono descansaba sobre la mesita blanca de Ikea. Marcó el número de Dirk y se recostó en el sofá de dos plazas con las rodillas flexionadas. Imaginó a Dirk refugiándose entre las sábanas y tapándose los oídos con la almohada para seguir durmiendo, por lo que en cierto modo se sorprendió cuando le respondió una voz sin rastro de sueño.

—Dirk Schäfer.

—Buenos días —sonrió ella—. Para lo temprano que es sueñas bastante animado. Debería dejarte solo por las noches con más frecuencia, pareces dormir mejor.

—De ninguna manera. He madrugado porque esta noche me ha sido imposible conciliar el sueño.

—¿Por la fiesta?

—Por la soledad, amada mía.

Ella esbozó una sonrisa.

—En realidad te encanta estar solo de vez en cuando. Así puedes atiborrarte de patatas fritas mientras ves la tele desde la cama. Anda, confíésalo.

—Jamás se me ocurriría confesar algo así. Pero, dime, ¿no tenías previsto saquear las zapaterías de Hamburgo en compañía de esa amiga tuya tan especial, Kerstin?

Dirk y Kerstin no se gustaban demasiado. Él la consideraba impertinente. Ella le tenía por presuntuoso, recriminándole que alardeara del dinero de su padre, lo cual, a su vez, él interpretaba como envidia. Nina debía mediar entre ambos con frecuencia, y con el tiempo se había acostumbrado a ignorar los comentarios despectivos del uno hacia el otro. En realidad, según sabía, el origen de aquella mutua antipatía había que buscarlo en una breve relación que ambos habían mantenido dos años atrás y que había acabado, tras unas pocas semanas, de forma catastrófica.

—Sí, vendrá a recogerme...

El timbre de la puerta la interrumpió. Sabía quién llamaba, pues nadie más llegaba tan temprano.

—Aguarda un momento, creo que es el cartero.

Nina bajó las piernas del sofá y se acercó a la puerta, pero al abrir no se encontró con el sonriente Dietmar Fuchs, el cartero de la zona, a quien conocía muy bien, sino a un joven con camisa de color beis y pantalón largo del mismo tono que le tendía un paquete con rostro inexpresivo. En el bolsillo de su camisa aparecía el logotipo de la empresa de transportes UPS. A pesar de que Nina le había abierto descalza y vestida únicamente con un camisón a rayas blancas y azules el joven no se inmutó.

—Buenos días. Un envío para usted —le dijo, inexpresivo.

Nina soltó el teléfono en el suelo a falta de un lugar mejor y recogió el paquete que le ofrecían. El tamaño le hacía pensar en un libro. Completamente cubierto por gruesas tiras de precinto de color marrón, el remitente, que parecía ser un particular y no una empresa comercial, quedaba identificado a través de una pegatina en el margen superior derecho.

Peter Dorscher
Selburgring 17
22111 Hamburgo

Nina no reconoció ni el nombre, ni la dirección. Encajó el paquete como pudo entre sus rodillas y tomó el lápiz que se bamboleaba en el lateral del aparato que sostenía ante ella el mensajero de UPS. Garabateó lo mejor que pudo su firma en la pequeña pantalla y despidió al chico.

De camino al salón recogió de nuevo el teléfono y volvió a colocárselo en la oreja.

—Ya estoy de vuelta —informó a su novio, dejando el paquete sobre la mesa y acercándose a la puerta del balcón—. Un mensajero, debe de tratarse del libro por el que he pujado en...

—No me gusta que malgastes tu tiempo leyendo —la interrumpió Dirk—. Deberías ocuparlo más inteligentemente. Conmigo, por ejemplo —continuó, en tono de protesta.

—Cada cosa a su tiempo, cariño. Ya te dedico mucho más tiempo del que debo. Te dejo, voy a arreglarme un poco, no quiero que Kerstin me encuentre aún en camisón cuando pase a recogerme.

—¿Me estás diciendo que le has abierto la puerta a ese tío vestida únicamente con un camisón? ¿Es que no tienes vergüenza?

—¡Qué estúpido eres! —sonrió ella—. Te cuelgo. Adiós, hasta luego.

—Bueno, hasta luego, pero cuídate de que no vuelva a suceder algo así, o tendré que insistir en que te vengas a vivir conmigo para que pueda controlarte.

Nina sacudió la cabeza entre risas y colgó.

Aunque lo había expresado como si se tratara de una broma, Dirk ya llevaba un tiempo preguntándole si no había considerado la posibilidad de trasladarse a vivir a su casa. Había espacio más que suficiente. Su padre le había comprado a principio de curso un dúplex espacioso, y seguramente pecaminosamente caro, en una de las avenidas principales de Harvestehude, muy cerca del Hospital Universitario Hamburg-Eppendorf. Dirk estudiaba medicina. El señor Schäfer era propietario de una empresa que fabricaba piezas para la industria automovilística, y el dinero jamás había sido un problema en aquella familia.

Nina le quería y le encantaba la idea de compartir su vida con él, pero dado que apenas hacía medio año que se conocían le parecía muy precipitado abandonar su propia vivienda y con ello también sus posibilidades de retomar su libertad si fuera necesario. Tal vez si dentro de un par de meses él aún siguiera interesado...

Se dirigió al baño, cubrió el redondo cabezal de su cepillo eléctrico con un poco de dentífrico y se contempló en el espejo mientras las pequeñas cerdas rotatorias trabajaban en su boca. Su cabello, de un rubio muy claro, le caía desordenado sobre la espalda. Combinado con sus ojos azules y la sombra de pecas que cubría su nariz y mejillas aquello siempre llevaba a que alguno de sus compañeros de clase la tomara por lo que no era. Pero sólo la primera vez que se le acercaban. Se inclinó un poco hacia delante, se frotó ligeramente la nariz, que el frío del invierno irritaba continuamente, recordando cómo Dirk se complacía en besar precisamente aquella parte de su rostro.

Apagó el cepillo, se enjuagó la boca y volvió al salón. El paquete seguía sobre la mesa, al lado de su taza de café. Recogió ambos objetos y los llevó a la cocina. Dejó la taza en el fregadero y sacó un cuchillo de un cajón para cortar las capas de precinto. Cuando logró separar las solapas de la parte superior del paquete pudo vislumbrar algo envuelto en papel marrón. Podría haber sido un libro de bolsillo, pero parecía demasiado liviano. Rápidamente desenvolvió el objeto. Ante sus ojos apareció una especie de lienzo, tensado en un marco, a semejanza de lo que había visto hacer con las pinturas. Pero no había ningún dibujo a la vista, sólo unas cuantas

palabras cuidadosamente perfiladas a mano en grandes letras de imprenta:

EL LECTOR

Novela policíaca

de

Anónimo

Desconcertada, Nina no acababa de comprender qué significaba todo aquello. Devolvió el envoltorio de papel marrón al cartón del que procedía, y que ahora descansaba sobre la encimera, y estudió detenidamente aquel pequeño objeto de material desconocido. El color era extrañamente pálido y su estructura bastante irregular. ¿Quizá algún tipo de piel animal? ¿De cerdo? ¿Un objeto valioso, tal vez del Antiguo Egipto? No podía ser, ¿o sí?

En la esquina superior derecha distinguió un punto, más bien un pequeño óvalo de aproximadamente un centímetro de diámetro. Inclino ligeramente el marco y lo sostuvo ante sí, elevándolo un poco, a fin de poder distinguir mejor qué era eso. Mientras, advirtió que al dorso colgaban algunas tiras irregulares. Al darle la vuelta para verlo mejor, advirtió los pequeños grumos carmesí que cubrían las zonas en las que el lienzo había sido fijado con gruesas grapas al marco y comenzó a comprender qué era lo que tenía entre sus manos. Su mente lo percibió de forma borrosa, buscando inconscientemente la prueba de que se hallaba en un error, de que *debía* estar equivocada. Pero con la suficiente claridad como para sentir cómo se aproximaba, sordo y lejano, el rumor de esa tormenta que desataría en su interior el horror más absoluto.

Giró el marco con la punta de los dedos y, cuando volvió a fijar la vista en el punto que antes la había intrigado, su sospecha se transformó en certeza en menos de un segundo. Soltó el horrendo objeto, que repiqueteó sobre la encimera, y soltó un angustioso grito, mientras se cubría la boca con las temblorosas manos.

El punto oscuro parecía una marca de nacimiento. El material

que alguien había utilizado para escribir la primera página de una novela era realmente piel, ya que de la parte posterior aún pendían minúsculos pedacitos de carne. Pero no se trataba de piel animal.

2

—Buenos días, ¿Nina Hartmann?

—Sí.

—¿Nos ha llamado? Nos aparece algo relacionado con la recepción de un paquete... —comenzó el hombre de uniforme. Consultó la nota que llevaba en la mano, para a continuación dirigir una mirada de desconcierto a su compañero—. Un paquete que contiene un marco cubierto por un material que parece ser piel, sobre el que se han escrito unas palabras. ¿Es correcto?

Nina asintió, sintiéndose estúpida. Ahora que veía a aquellos dos agentes, la situación en la que se encontraba le parecía totalmente absurda, incluso irreal. Probablemente había visto demasiados thrillers sangrientos en compañía de Dirk. ¿Un mensaje dibujado sobre piel humana? ¿En Hamburgo? ¿Y enviado a una simple estudiante? Se sentía como si hubiera perdido la razón por completo y se arrepentía de haber cedido a la insistencia de Dirk y avisado a la policía. ¿Y si todo aquello no era más que una estúpida broma? ¿Tal vez incluso del mismo Dirk? Pero no. A veces se le ocurrían extrañas cosas, pero jamás llegaría tan lejos. O, al menos, así lo creía.

—¿Podríamos ver ese objeto?

—Por supuesto. Pasen, por favor.

Nina se apartó de la puerta, y los dos hombres la siguieron hasta la pequeña y luminosa cocina. El extraño marco se encontraba aún en la encimera, al lado de la placa, en la misma posición en la que había caído antes. Los caracteres escritos estaban del revés.

El policía de más edad torció el cuello para poder leer las pala-

bras, sacó a continuación un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta, y, situándolo bajo el marco, procedió a alzar éste con mucho cuidado.

—¿Lo ha tocado usted?

—Claro. Lo he desempaquetado.

—Por supuesto. Me refiero a sí lo ha manipulado, tocado por todas partes. Podría haber borrado huellas. Suponiendo que hubiera alguna.

—No, yo... cuando creí descubrir de qué se trataba lo dejé donde lo ven ustedes ahora y no lo he vuelto a tocar desde entonces. Si realmente fuera... Dios mío...

El agente se inclinó para examinar cuidadosamente el dorso del cuadro, se irguió de nuevo y giró el marco de modo que pudiera leer las palabras escritas.

—Parece una historia. El comienzo de una novela o algo parecido... Qué locura... La parte trasera es muy particular. Mira —animó a su compañero a examinarlo. Y dirigiéndose de nuevo a Nina—: ¿Cómo estaba envuelto? ¿Con esto?

Señaló el cartón con el papel arrugado y Nina asintió.

—¿Peter Dorscher? ¿Conoce usted a ese hombre?

—No.

—Vaya.

Examinó nuevamente el paquete.

—Selburgring, no me suena nada esa calle. ¿Sabe usted dónde está?

Nina negó con la cabeza.

El otro agente había finalizado su inspección del marco.

—¿Voy a por una bolsa?

—Sí, que le echen un vistazo los del laboratorio.

—¿Qué... qué cree que es? —preguntó Nina cautelosamente—. Me refiero a que... ¿de qué material se trata?

—Lo ignoro, señorita Hartmann, pero es cierto que tiene un aspecto un tanto extraño. Sobre todo, al dorso, en los bordes. Parece estar bastante... fresco. Tal vez una piel de cerdo. ¿Y no sospecha quién puede haberle enviado esto?

—No.

—¿Tal vez alguien en su círculo de amistades que se dedique a escribir novelas policíacas?

—No que yo sepa. Y aunque así fuera... ¿por qué iba a enviarme un objeto como este? ¿Así enmarcado? Me refiero...

—Suceden las cosas más extrañas que pueda imaginar. ¿Tal vez un intento de crearse publicidad? Marketing agresivo. Algo nuevo. Crímenes sobre cuero o algo así.

El segundo agente regresó con una gran bolsa de papel en la mano y varios pares de guantes de goma. Colocó la bolsa sobre la encimera, se enfundó los guantes, recogió el marco con cuidado, empleando sólo el índice y el pulgar, mientras el primer agente le ayudaba sosteniendo la bolsa. Nina les observaba, inquieta.

—Siempre he pensado que estas cosas se guardaban en bolsas de plástico —observó.

—Así es como lo hacen en televisión, pero no se corresponde con la realidad —explicó el policía, introduciendo el marco con cuidado en la bolsa—. En una bolsa de plástico, y más si estuviera cerrada herméticamente, se estropearían las huellas.

—¿Cuándo sabrán de qué se trata?

—Hoy es sábado y el laboratorio está cerrado. Entregaremos esto en la comisaría a los compañeros que están de guardia y ellos decidirán si merece la pena solicitar un análisis urgente o si puede esperar hasta el lunes. La informaremos de lo que averigüemos. Probablemente no sea nada importante, es lo más habitual en estos casos.

3

Stephan Erdmann encontró a Andrea Matthiessen arrodillada ante un pequeño huerto, aprovechando al parecer los amables rayos del sol de abril para dedicarse a la jardinería. Inclined hacia delante, apoyaba una de sus manos en la tierra entre dos pequeños arbustos mientras los iba despojando de hojas marchitas con la otra, enfundada en un guante de jardinería. Erdmann había llamado repetidas veces a su puerta sin recibir respuesta, por lo que había decidido ir a la parte posterior de la casa, donde finalmente localizó a su compañera. Concentrada en su labor, ella no advirtió su presencia hasta que le habló.

—Qué imagen tan encantadora —observó Erdmann.

Matthiessen se sobresaltó violentamente y estuvo a punto de caer, pero logró recuperar la estabilidad apoyando ambas manos en el suelo. Desde esa incómoda y poco favorecedora posición alzó la cabeza para dirigir una mirada cargada de furia al hombre que la había asustado.

—¿Erdmann? ¿Se ha vuelto loco? Aproximándose de forma sigilosa...

—Y me encuentro a la inspectora jefe a cuatro patas.

Le tendió la mano.

—¿Puedo ayudarla a incorporarse?

Matthiessen ignoró la mano que le tendían. Se incorporó con un ágil salto más propio de una veinteañera que de una mujer de poco más de cuarenta años y le lanzó a su compañero una mirada agresiva.

—¿Se cree muy gracioso? Pues no lo es en absoluto. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo se le ocurre invadir un espacio privado?

Erdmann la observó impasible mientras soltaba la goma elástica que le sujetaba el pelo, apartaba algunos mechones de su oscuro cabello del rostro, y volvía a recogerlo en la nuca en una cola de caballo. Sólo entonces se decidió a responder.

—Ambos nos encontramos de guardia, y ha surgido un problema. Parece que han estado intentando localizarla desde la Jefatura, pero no contestaba al teléfono, por lo que me han avisado a mí. Como yo *si* estaba localizable, les he asegurado que me ocuparía del asunto y me encargaría también de encontrarla.

Hizo una breve pausa, disfrutando a todas luces del patente desconcierto que comenzaba a dibujarse en el rostro de la mujer.

—He visto su vehículo en la puerta, y, como no me abría, pensé que tal vez estaría en el jardín. Y ahí la encuentro, y nada menos que arrodillada ante mí.

La frente de Matthiessen se cubrió de arrugas. Parecía a punto de explotar y se advertía lo difícil que le resultaba mantener la calma. Sin embargo, supo contener su enfado para llevarse la mano, con un movimiento apresurado, al cinturón de sus vaqueros. Sujeto por una pequeña funda de cuero colgaba un teléfono móvil. Lo extrajo y, tras consultar la pantalla, pulsó una de las teclas repetidas veces. En su rostro se reflejó la vergüenza.

—Sin batería —musitó.

No era la primera vez que Erdmann coincidía con Matthiessen. Se habían saludado por los pasillos alguna que otra vez, pero sólo hacía tres días que colaboraban en la Unidad Especial Heike, o como solían llamarla de forma abreviada: UE Heike, un equipo formado tras la desaparición de la joven Heike Kleenkamp.

La hija del propietario del prestigioso periódico *Hamburger Aktuelle Tageszeitung*, de diecinueve años de edad, había salido al cine la noche del martes anterior sin regresar después a casa. Su padre, Dieter Kleenkamp, era íntimo amigo del Director General de la Policía, a quien había llamado inmediatamente tras constatar la desaparición de su hija. Y éste, a su vez, había contactado con el comisario responsable de la Brigada Criminal número 4, Jan Eckes. No había indicios de acción criminal y no parecía necesaria una intervención, pues la experiencia en estos casos indicaba que

los jóvenes de entre quince y veinticinco años solían aparecer al cabo de unas horas en perfecto estado, tras haber disfrutado de una fiesta que se había prolongado algo más de la cuenta o haber dormido en casa de algún amigo. De hecho, se sorprendían muchísimo por el pánico que había despertado en su entorno más inmediato su breve ausencia. Pero este caso parecía diferente, pues una de las amigas de Heike había asegurado haberla acompañado hasta unos cien metros de su casa, y le había dicho al padre que la chica se encontraba muy cansada y estaba deseando meterse en la cama. A eso del mediodía del miércoles, el día siguiente a la desaparición, una vecina que vivía a apenas doscientos metros del impresionante chalet de los Kleenkamp les dio un bolso que había encontrado en el seto de su casa y en el que se halló la documentación y el monedero de Heike. En ese instante se formó la Unidad Especial. La coordinación de esta sería responsabilidad del inspector jefe Georg Stohrmann. La inspectora jefe Andrea Matthiessen sería la segunda al mando, y otros seis agentes, entre los que se encontraba Stephan Erdmann, compondrían la unidad.

Habían transcurrido tres días, tiempo más que suficiente como para ayudar a Erdmann a llegar al convencimiento de que Andrea Matthiessen era la mujer más insoportable que jamás había llegado a conocer. Carecía por completo de sentido del humor, prescindía completamente del alcohol, y cuando no citaba las normas o corregía a sus subordinados masculinos se dedicaba a correr por el bosque u otras estupideces similares para presumir de vida sana. Le alteraba los nervios, porque, además de su compañera, era su superior inmediata y no dejaba pasar ocasión de recordárselo.

Que desde la Jefatura hubiera sido imposible localizarla porque la más perfecta de las inspectoras jefes había olvidado cargar la batería de su móvil, le producía una especial satisfacción.

—Jamás me había ocurrido algo así. Qué vergüenza. ¿Se trata de Heike Kleenkamp?

—Sí. Quieren que acudamos inmediatamente a Jefatura. Stohrmann ya se encuentra allí. Al parecer tenemos una pista.

—Estaré lista en dos minutos. Me cambio de ropa.

Desapareció rápidamente en el interior de la casa a través de la puerta trasera, dejándole allí, sin más.

Erdmann trató de vislumbrar algo del interior de la vivienda desde donde se encontraba, aunque sin moverse, para no resultar demasiado impertinente. Sentía curiosidad por cómo viviría una mujer como aquélla, pero el sol se reflejaba en la puerta de cristal de tal modo que le fue imposible ver nada. Además, se encontraba demasiado lejos. Imaginó unos muebles de estilo rústico, pues era lo que más le cuadraba. Paseó la mirada por el pequeño jardín que aún acusaba las huellas del invierno, pero no obstante estaba muy cuidado, para a continuación detenerla en la blanca fachada trasera del chalet, y decidió ponerse en movimiento en dirección a la puerta que conducía al jardín. Tal vez podría arriesgar una rápida mirada sin ser descubierto... Pero aún antes de que hubiese alcanzado el pequeño porche de piedra que rodeaba la casa, apareció Matthiessen en la puerta. Iba vestida con unos vaqueros negros y un jersey ajustado de cuello en pico de color beis y llevaba colgada del brazo una chaqueta de cuero marrón. Erdmann tuvo que reconocer a su pesar que ambas prendas le sentaban bien y resaltaban su figura.

—¿Aún sigue por aquí? —le espetó ella sacudiendo la cabeza, como si le resultara incomprensible tal osadía—. Voy a cerrar la puerta del jardín, pase a la parte delantera. Me encontraré con usted en la puerta principal.

Se giró para cerrar la puerta.

—Ya podrían los inspectores aprender a pensar de forma autónoma —la oyó protestar.

Erdmann comenzó a sentirse furioso. Abandonó el jardín, recorriendo el estrecho camino situado junto a la casa, y alcanzó la entrada de forma simultánea a su compañera. Ella se dirigió con cierta prisa al Golf plateado de la flota de la brigada criminal que solía conducir cuando trabajaba con Erdmann.

—Utilicemos el mío —propuso, mientras caminaba. Y señalando con la cabeza el Passat negro de Erdmann, añadió—: Puede dejar su coche aquí mismo, ya le traigo yo de vuelta.

Erdmann se encaminó hacia el lado del acompañante, pero

Matthiessen se le adelantó, ocupó el asiento y le obligó a conducir.

Nada de traerme de vuelta. La señora inspectora jefe se busca un chófer que la pasee, pensó con rabia, obviando que la costumbre imponía que fuese el agente de menor rango el que se pusiera al volante. Mientras ajustaba el asiento a su medida tuvo que reconocer que en realidad estaba predispuesto a sentirse molesto por cualquier cosa que hiciera o dijera Matthiessen.

—Una última cosa en relación a nuestro trabajo —apuntó ella, mientras él maniobraba con el coche para salir a la carretera.

A ver con qué me viene ahora, pensó. Le dirigió una rápida mirada, intentando acompañarla de una sonrisa amable.

—Soy consciente de que no le agrado, pero puedo asegurarle que eso no me importa lo más mínimo. Pertenecer a esta Unidad Especial no es la ilusión de mi vida, pero así lo han decidido los jefes, al igual que determinaron que trabajáramos juntos en este asunto, en el que, no lo olvidemos, se trata de salvar vidas humanas. No podemos permitirnos perder el tiempo con juegos de poder. Lo menciono porque tal vez crea que por llevar ropa de marca debe ser usted quien esté al mando, pero recuerde que no es así.

Subrayó sus palabras con una mirada significativa a sus vaqueros de diseño, el polo de marca color gris marengo y la chaqueta cuyo elevado precio era más que evidente.

—Tengo más experiencia que usted y soy superior en rango. Le estaría muy agradecida si lo aceptara de una vez por todas y se olvidara de realizar comentarios o gestos inapropiados, al menos en mi presencia. Tómese esto como un ruego.

Erdmann tuvo que detenerse en un cruce y se volvió para mirar a su compañera. Estuvo a punto de ceder al impulso de decirle qué opinión le merecían tanto ella como su experiencia y señalarle dónde podía meterse sus aires de superioridad. E insistir, de paso, en que el hecho de que uno cuidase su aspecto y decidiese no vestirse con ropa de saldo no estaba en absoluto relacionado con el rango que ostentase en el cuerpo de policía, sino que se trataba de una cuestión de elegancia personal. Pero era consciente de que

aquella mujer podía crearle bastantes dificultades y, le gustara o no, en el fondo tenía razón. Ambos estaban obligados a trabajar juntos y las simpatías que sintieran el uno por el otro eran irrelevantes en aquel momento en el que urgía encontrar a la joven. Eso sí, no comprendía por qué Matthiessen había sido elegida como su superior. A sus treinta y ocho años él sólo era cuatro más joven ella y ya poseía experiencia suficiente como para...

—Bien, Erdmann, ¿algo que decir? —interrumpió ella sus pensamientos.

Él ladeó un poco la cabeza y frunció los labios como si ella le hubiera hecho una propuesta sobre la que era necesario reflexionar. Finalmente asintió, despacio.

—De acuerdo, concentrémonos en nuestro caso.

Tras asegurarse de que la carretera estaba despejada, puso el coche de nuevo en marcha. Sin saber por qué, se sentía bien.

Tal vez porque, en el fondo, no le había dado la razón.

I

Días antes

Cuando despertó, su espalda ardía. Como si al abrir los ojos se hubiera puesto en marcha un aterrador mecanismo, su pulso comenzó a extender con intensidad un dolor apenas soportable que se desplazó desde algún lugar situado justo debajo de su hombro izquierdo hacia el resto de su cuerpo.

Estaba tumbada boca abajo, sobre una base fina, muy delgada, y sus brazos colgaban a izquierda y derecha. Los sentía atados en algún punto por debajo de aquella camilla, y tampoco se hallaba en disposición de mover las piernas, a las que algo indeterminado que rodeaba de forma dolorosa sus tobillos mantenía inmovilizadas.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba así. No era capaz de determinar cuándo se había desmayado para volver después a ese frío universo de dolor y terror; un horror que estaba a punto de anular su cordura.

El tiempo se había convertido en un concepto carente de significado para ella. Deseaba gritar. No, más bien, *necesitaba* gritar. Pero de su boca sólo pudo escapar una especie de graznido, un sonido como el que hubiera producido una hoja marchita que se hubiese resquebrajado. De nuevo la inundó un pánico intenso. Su garganta se cerró, su respiración se volvió dificultosa, casi imposible... Gimió, alzó la cabeza todo lo que pudo en un movimiento reflejo y, de inmediato, su cuerpo se rebeló en un espasmo fruto de la angustiada combinación producida por la repentina falta de oxígeno y una rabiosa explosión de dolor. Comprendió de alguna manera que necesitaba calmarse, que el terror le estaba robando el aire que precisaba, e intentó quedarse quieta. Aguardó un poco,

comprobó que el respirar le resultaba menos dificultoso y dejó caer la cabeza, muy despacio, ya que cualquier movimiento que realizaba le producía un dolor insoportable.

Cuando su mejilla se halló de nuevo descansando sobre la dura base, se enfrentó, entre quejidos, a la oscuridad. No era capaz de articular palabras en su pensamiento, de modo que éste le presentó imágenes, fotografías mentales de su madre. Los quejidos se transformaron poco a poco en llanto, un llanto desesperado y producto del dolor.

El chirriar de la puerta la hizo enmudecer de repente. Se envaró, con la mirada fija en la ruinosa pared de ladrillo que tenía a su lado, y que ahora ocupaba todo su campo visual. Aguzó el oído, llena de pánico, buscando alguna señal tras de sí, intentando identificar el sonido, quizá, de unos pasos, pero sólo percibió el acelerado ritmo de su propio aliento. Aguantó la respiración y sintió el corazón bombear en su pecho. Se agarró a la absurda esperanza de que el monstruo sólo pretendiera observarla, sin intención de hacerle más daño. No más dolor, por favor, no más dolor. ¿A dónde se había marchado su madre? Solo hacía un momento que la había visto allí, con ella...

Un jadeo. Y ahí estaba de nuevo, detrás de ella.